

nes me acordaré de lo que sufriste por mi causa, cuando fuiste coronado de espinas y escarnecido. Esto me llenará de consuelo y sostendrá mi corazón. Al contemplar cuán sensibles son á Jesus los pecados de un cristiano, me resolveré á evitarlos con la mayor vigilancia y cuidado sobre mí, y á llorar amargamente los que he tenido la desgracia de cometer hasta el presente: ¡qué dulces me serán las lágrimas de la penitencia cuando reflexione, que ellas vienen á consolar á mi Divino Jesus á quien tantas veces he contristado!

PUNTO TERCERO.

LA CRUCIFIXION DE NUESTRO SEÑOR.

La muerte de los crucificados es cruelísima y muy amarga. La multitud de nervios que hay en las manos y en los piés, y la exquisita sensibili-

dad de estas partes, el peso del cuerpo que aumenta continuamente el dolor, y la terrible prolongacion de la agonía, nos manifiestan la atrocidad de ese suplicio. En nuestro dulce Señor añadid á esto, los sufrimientos interiores. Padece por los pecados de los hombres como si fueran propios, y contempla la ruina de los judíos y de los demas pecadores que se perderían. Su delicadeza y sensibilidad en sentir todo el peso del dolor no daba lugar á algun consuelo tanto en el cuerpo como en el alma: su sagrado cuerpo formado por el Espíritu Santo, era de una perfectísima complexion. Su alma llena de la sabiduría de Dios penetraba todas las causas de su amarga situacion, y se sentia abandonado en sus dolores, los que correspondian en su acerba magnitud,

al fruto de su pasion y muerte.

Esa crucifixion la renovamos con nuestros pecados, exponiendo al escarnio á Jesucristo. ¡Y cuántas veces! Si reflexionamos el número de nuestras ofensas, conoceremos que exceden todo cálculo: ¿quién ha contado las arenas del mar, y las gotas de lluvia y los dias de los siglos? ¿y por ventura Jesus será insensible á tanto ultraje? No, pero nos ama con incomprendible amor, y en su paciencia espera convertirnos. Por esto ruega á su Padre, sobre la cruz, con gran clamor y lágrimas, pidiendo el perdon de sus enemigos. Allí tambien ofrece el paraíso á un ladron que le ruega; y no olvidemos que en otro tiempo ese mismo Dios, resplandeciente de hermosura y majestad, en el Tabor, no accedió á la peticion de Pedro; mas

aquí, muriendo entre afrentas y en un piélago insondable de dolores, otorga cuanto se le pide. ¡Oh, cuántos bienes conseguiremos del Señor para nuestra alma si los pedimos meditando su santísima pasion!

PONDERACION.

Jesus tenía sed en su agonía: ¡qué dichosos nosotros si le hubiéramos dado de beber!

Si el Señor nos hubiese pedido nuestra sangre, ¡con cuánto gusto la habríamos derramado para darle algun consuelo! Mas la sed que le abrasaba y consumia era el deseo de nuestra salvacion eterna. Está por lo mismo, en nuestra mano el aliviarlo; pero ¿atendemos en verdad, los negocios de nuestra eterna salvacion? ¡qué olvido tan funesto y profundo! Mas no sólo no apagamos la sed de nuestro amo-

roso Señor; sino que le damos, como sus verdugos, á beber hiel y vinagre: nuestras palabras indecorosas ó enteramente profanas, las disensiones y falta de caridad con nuestros hermanos, y tantas otras debilidades con que nos manchamos, ¿no son por cierto, el vinagre y la hiel que presentamos á Jesucristo en su agonía? ¿qué otro nombre merecen las murmuraciones y calumnias con que destrozamos la fama del prójimo por quien murió Nuestro Señor?

Cuando yo, Jesus dulcísimo, considero la sed que me consume, la inclinacion que tengo á los placeres, el incansable empeño con que busco los bienes temporales, la satisfaccion que me causan los honores, y luego pienso en vuestra sed, quedo confundido y llorando de amargura á vuestros piés.

¿Es posible que mi Divino Maestro, allá en la cruz, como olvidado de sus propios sufrimientos, tenga sed, manifieste su afliccion por mi salud, y yo me olvide enteramente de salvarme! ¿qué yo aumente esa sed con mis maldades! Dime alma mia, ¿por ventura, no tienes otra cosa con que puedas consolar á tu Señor? ¿Esta es la dulzura reservada para darle alivio en su agonía? ¿Esto es lo único que alcanza á dar tu compasion? ¿qué compasion tan cruel! Cruel es la hija de mi pueblo, como avestruz en el desierto. (1) ¿Acaso de esta manera ha apagado el Señor tu ardiente sed? ¿Para esto, bien lo sabes, permitió que se abriesen en su santísimo cuerpo las fuentes abundantes de su divina sangre, y te dice como en otro tiempo:

(1) Thren IV. 3. Calmet.

Si tienes sed, ven á mí y bebe. (1)
 ¡Ah, mi buen Jesus! Moises hirió una piedra y salió de ella una fuente de agua; Vos habeis herido mi corazon con vuestra gracia, y mis ojos derraman ardientes lágrimas de amor; mi alma se halla enternecida... con estas lágrimas aliviaré la sed que os consume; ya no os quejaréis más, amor mio, de que os dé hiel y vinagre en vuestra sed; pues toda la dulzura de mi corazon, será solamente para Vos. Todo mi sér os queda consagrado.

RESOLUCION.

¿Quién me separará de mi dulce Salvador? Estoy clavado en la cruz con Jesucristo. Hé aquí mi santa é invariable resolucion. ¿Y qué es para mí la cruz de Jesucristo? La expiacion de mis pecados, la negacion de

(1) Joann. VII. 37.

mis pasiones, el entero sacrificio de mí mismo. Jesus nos ha dicho: El que quiere venir en pos de mí niéguese á sí mismo, tome su cruz y sígame. No he de esperar á que el mundo ponga la cruz sobre mis hombros; mi amor será quien me tenga siempre en ella: ¿qué motivo más poderoso para esto que el saber lo indispensable que es la cruz para seguir á nuestro amado Señor? Tú, Señor, has tomado la cruz ántes que yo para animarme; ¿cómo podré escusarme de seguirte? ¿No eres Tú, por ventura, mi gloria, mi luz, mi guia y mi dulce Salvador? Vedme aquí resuelto enteramente á seguir tus santísimas pisadas: nada será capaz de detenerme: buscaré mis delicias en la cruz; de ella tomaré mi fortaleza: si camino será mi báculo de viaje y si descanso, dormiré en sus

brazos y jamas la dejaré de contemplar; pero Tú mismo serás quien me conduzca: sin tu auxilio el hombre nada puede, mas todo lo alcanza con tu gracia; dádme la Dios mio, por esa sangre que derramaste por mi amor; por esa cruz en que tanto padeciste; ella es mi esperanza y será tambien mi eterna salvacion.

PUNTO CUARTO.

EL SACRATÍSIMO COSTADO DE JESUS

ABIERTO CON LA LANZA.

Uno de los soldados abrió el costado del Señor con una lanza y salió luégo sangre y agua. [1]

Tenemos abierta la puerta de la vida, jamas se cerrará: siendo esto así, entremos en esa arca de misericordia y salvacion, donde no penetran las aguas del diluvio: sobre ellas navegare-

(1) Joann. XIX. 34.

mos hácia los cielos. ¿quién dejará de sumergirse en la multitud de crímenes y desgracias que inundan el universo? ¿quién podrá salvarse? ¿dónde hallaremos asilo contra la seducion de los placeres, defensa contra el furor de nuestros enemigos, paz y descanso para el corazon? Corramos apresurados á encerrarnos en esa arca sagrada, en el costado de Jesus, abierto con la lanza. Mansion deliciosa, celestial paraíso, casa de fortaleza inespugnable, pueda yo vivir dentro de ti todos los días de mi vida, para que libre de los cuidados que disipan y de las pasiones que enervan y manchan nuestras almas, me ocupe unicamente en tu servicio. Pero ¿qué es lo que siento, lo que pasa en mí en este instante? ¡Ah! Mi corazon se abrasa con un fuego sagrado, mis entrañas se con-

mueven de ternura; ¿en dónde estoy? En el amorosísimo corazón de mi Jesús querido: ¿por qué pues, no he de derramar toda mi alma en su presencia ahogando en ese seno tan amado, mis suspiros, mis afectos, mis sollozos? ¡Ah, Jesús mio! Tú me has amado hasta morir por mí, y despues condolido de mis tristes extravíos me llamas y recoges en tu santo Corazón... ¿cómo pudiera yo dejar de amarte, ó cómo un solo instante olvidar tu misericordia y tu bondad?

Ese Corazón ya no palpita, la lanza cruel lo ha atravezado; yo con mi amor le animaré, puesto que no he de vivir sino para él, porque ¿cómo despues de contemplar tanta ternura pudiera vivir para mí mismo? ¿no me ha comprado al precio de su sangre? y despues, perdido yo por mis pecados

tantas veces, muerto á la gracia, ¿no me ha dado la vida en su inefable y amorosa misericordia? Esa vida, por lo mismo, es de Jesús; le pertenece enteramente.

PONDERACION.

Nuestra vida está escondida con Cristo en Dios. (1) ¿En dónde pudiéramos estar más bien escondidos para vivir la vida de Jesús, que morando en su divino Corazón?

Examinemos esa vida que por lo mismo que es oculta, es desconocida del mundo y que sin embargo debe ser la de todos los cristianos.

¿Cómo podemos vivir en el Corazón del Salvador, muerto en la cruz, sin estar crucificados juntamente con su Majestad? Mas para el mérito de nuestra crucifixion nos es ademas in-

(1) Coloss. III. 3.

dispensable la paciencia en todas las penas de la vida. Esto nos debe llenar de fortaleza y de resignacion. ¿Cómo desfallecer en el sufrimiento, ó no conformarnos con la voluntad divina? Si estamos crucificados con Jesus, Jesus nos sostendrá y Él es por otra parte quien dispone de nosotros con singular y amorosa providencia.

Estando en ese divino Corazon, nuestros pensamientos y cuidados tendrán que reducirse á escuchar atentamente sus divinas inspiraciones y seguir las con fidelidad.

El corazon no sabe inspirarnos sino amor: y ¿qué otra cosa nos inspira, en efecto, el de nuestro buen Jesus? Escuchemos esas divinas inspiraciones: Improperio aguardó mi corazon, y miseria. (1) Como si nos dijera: muer-

(1) Sim. LXVIII. 21.

to en una cruz, entre facinerosos y abierto mi costado, ¿qué tengo que esperar sino oprobios y blasfemias? (1) ¡Oh expresiones tiernísimas de amor! ¿qué quieres decirnos con ellas, amado Señor, sino que nosotros debemos bendecirte y amarte ardientemente, para así compensar esas ofensas? Para empeñarnos en esto, su Majestad añade: Esperé que alguno se entristeciese conmigo y no lo hubo: y el que alguno me consolase y no lo hallé. ¿Qué amorosos reclamamos! ¿qué sentimientos tan tiernos! ¿cómo pudiera el corazon dejar de conmoverse? Venciste Jesus mio, venciste mi dureza y mi ingratitud; ya no me es dado resistir más tiempo; confundido de mí mismo lloraré de amor; pero ya no escuche otra vez de tus divinos labios esas palabras que despedazan mis entrañas: Esperé que alguno se entris-

(1) Calmet.

teciese conmigo y no lo hubo: que me consolase y no lo hallé: aquí estoy, Señor mio, aquí estoy para consumirme de tristeza y amargura, al recordar las amarguras y tristezas que por mi sufriste, para llorar con profundísimo dolor mis extravíos y consolarte en tu pasión; pero ¿qué consuelo, amor mio te puedo dar? ¿qué te amo? Yo te amo con toda mi ternura, yo te amo con todo el corazón; tú eres el único bien porque suspiro; todo lo dejo y lo olvido por tu amor. Ni las riquezas, ni los honores, ni las más ardientes afecciones me separan de Ti, por que tú eres todo mi tesoro, toda mi gloria, todo mi amor. ¡Oh, que no pueda yo trasformarme enteramente en Ti Jesus dulcísimo, para no dejar de pensar un solo instante en tu bondad, para no dejar de amarte ni un momento! ¡Oh, quién me diera arrancar mi corazón y en su lugar po-

ner el tiernísimo corazón de mi Jesus; para abrasarme eternamente en su divino amor! Amor mio, ¿por qué no muero consumido con el fuego de tu inefable caridad? ¿por qué dar lugar en mi pecho tantas veces ¡ay dolor! á otros amores dividiendo así mi pequeño corazón? ¿por ventura tú solo no podrás llenarlo? y ¿cómo puedo hallar consuelo en las criaturas, cuando he llegado á amarte? cuando he puesto mi corazón dentro del tuyo, ¿cómo buscar la felicidad y el descanso en otra parte?

RESOLUCION.

Me desprenderé de las afecciones del mundo, de los placeres y de todo lo que pueda impedirme amar á Jesucristo. Tal vez esas afecciones me hablen con lenguaje insinuante y conmovedor, y su dulzura penetrará mi corazón, y me sentiré tan débil que casi imposible me parezca sobrepo-

nerme. Pero hé aquí mi remedio: me abrazaré estrechamente al corazón de mi buen Jesús y le diré con lágrimas de amor, que jamás permita que le olvide, que sostenga con su gracia mi debilidad que es tan grande: que cada día me estreche más y más con nuevos vínculos de amor, contra su seno, para serle eternamente fiel. ¿Y pudiera el Señor desatender mi plegaria, dejarme expuesto á perecer? No, porque Jesús es muy bueno, infinitamente bueno conmigo y me ama con incomprendible amor, y me ha recibido en su sagrado corazón: ¿quién me sacará de aquí? ¿quién me arrancará de sus brazos? En esos brazos extendidos en la cruz para abrazarme, Jesús dulcísimo, en ese corazón abierto para recibirme, me arrojo ahora y en todos instantes de mi existencia, para contigo vivir eternamente. Así sea.



MEDITACIONES

SOBRE LA PASION DE
 Nuestro Señor Jesucristo,
 DISPUESTAS PARA EL OCTAVO DIA
 DE EJERCICIOS
 DE LOS SACERDOTES
 DE LA DIOCESIS DE ZACATECAS.

Impresas con la correspondiente
 Licencia del Superior



IMPRENTA DE "LA ROSA."
 17—CALLE DE LOS GALLOS—17

1888